

JAVIER
PÉREZ CAMPOS

LOS INTRUSOS



Nos acechan. Nos inquietan.

Nos desafían.

Un hotel por cuyos pasillos se atisba la figura de un niño. Un viejo cortijo que esconde una trampilla tras la que se intuye un secreto. Un antiguo castillo donde el sonido de un piano que nadie toca rompe el silencio cada noche. Todos hemos oído historias de lugares encantados, pero... ¿y si ocurrieran en tu propia casa? ¿O en el hotel en el que te alojas? ¿Conoces la historia de esas paredes? ¿Quién las habitó antes?

Los edificios esconden secretos: un pasado sombrío, un crimen atroz o un cadáver bajo los cimientos. En *Los Intrusos*, Javier Pérez Campos nos atrapa en una lectura adictiva: historias que son nuevas y que, al mismo tiempo, a todos nos resultan familiares. Con su inagotable curiosidad y su empeño sincero por desentrañar misterios jamás resueltos, querrás seguirle hasta la habitación más sombría.

Llaman a la puerta. Atrévete a dejarles pasar.

Al final de una escalera, en la buhardilla o en el sótano..., tú también has sentido a los Intrusos.

Hogar deriva del latín *focus*.
El lugar donde se preparaba la hoguera.
Allí se reunía la familia. Allí se sentían a salvo.
Por eso, este libro es para Celia, Mario y Chloe.
Ellos son el calor y la luz.
Ellos son la hoguera.
Ellos son mi verdadero hogar.

Las fuerzas divinas buscadas y peligrosamente encontradas
han estado siempre dentro del corazón del héroe.

JOSEPH CAMPBELL

PRÓLOGO

UN HOGAR

Un día duro.

Problemas en la oficina, un amigo que deja de ser amigo, una llamada desconcertante anunciándote que tienes que pagar algo que creías que ya estaba cancelado, tu novia te ha dejado... Los motivos pueden ser múltiples y variados. Da igual cuáles sean. Lo único probable es que cuando llegues a casa, cenarás —o quizá no— y te acostarás en tu cama, a salvo del mundo exterior. Dormirás y mañana será otro día. La vida, con sus avatares, con sus venturas y desventuras, continuará y tú seguirás luchando por mantenerte activo, por salir adelante. Así es la vida.

Y es que, cuando las cosas se tuercen, el único cobijo son esas cuatro paredes que, con suerte, serán tuyas después de haber terminado de pagar una hipoteca o serán tuyas porque, aunque no seas el propietario oficial, tendrás alquilada esa vivienda en la que duermes, vives y sueñas.

Todo lo malo quedará atrás cuando traspases el umbral de eso que llamamos *hogar*. Pero ¿y si no fuera así? ¿Y si cuando llegaras a casa lo que notarás fuera inseguridad y temor? ¿Y si te vieras abocado a abandonarla y buscar refugio en otro lugar? ¿Y si *alguien* o *algo* te quitara la poca tranquilidad de espíritu que te quedara?

No, no es al argumento de una película.

Son cosas que suceden en diferentes partes del mundo. Vienen ocurriendo desde que concebimos el concepto de hogar. Para los antiguos romanos ya existía el *lar*, que aludía a un espíritu que moraba en las casas cuya función era precisamente la de proteger el lugar y a quienes vivían en

él. Pero, ese *algo* al que hacemos referencia en estas líneas, lo que sea (no vamos a ponerle nombre de momento), resulta que no es protector. Es justo lo contrario. Se ha encargado de desafiar a la humanidad a lo largo del tiempo. Y lo hace de una manera eficaz y poderosa. Cuando actúa, roba la tranquilidad y arroja a las sombras a los moradores. La vida se trastoca hasta tal punto que lo que parecía importante queda en segundo plano. Alguien ha llamado a nuestra puerta y al abrirla hemos descubierto que no es amable. Es un Intruso... O ¿quizá lo seamos nosotros para *ello*?

Javier Pérez Campos sabe muy bien a lo que me refiero. No en vano, ha recorrido miles de kilómetros para visitar esas casas, antes hogares, ahora campos de minas psicológicas, para entrevistarse con sus moradores e intentar comprender el fenómeno de los Intrusos. Ha escuchado sus relatos, ha observado sus miradas cuajadas de incertidumbre y ha tomado nota de todo en su cuaderno. También ha tratado de ayudarles de la forma que mejor ha sabido o podido, pero, por desgracia, no siempre lo ha logrado.

Intruso no es una palabra escogida al azar por Javier. Es la palabra justa, la que mejor define este fenómeno del que apenas sabemos nada. Sí, sabemos muy poco. Y no por falta de ganas e interés. Algunas personas, como Javier, se han dedicado con empeño a resolver ese desafío. Pero la realidad se impone y lo cierto es que, a medida que vamos conociendo casos, más nos perturba su escurridiza naturaleza.

En estos tiempos de confinamiento que nos han tocado vivir, muchos han podido comprobar que ese hogar que parecía tan agradable cuando llegábamos después de un día duro, en el que quizá pasábamos menos tiempo del que creíamos, resulta que no lo era tanto, que las casas *hablan*... a su manera, que el silencio era ensordecedor y que nuestra vivienda parecía no acogernos como antaño. Durante el estado de alarma, varias personas intentaron explicarme esto de diferentes maneras. De pronto su casa ya no

era su casa. Algo había cambiado. Y ese *algo* es justo el objeto de este libro.

Con Javier vamos a viajar a los emplazamientos más insospechados; insospechados porque, en la mayoría de las ocasiones, son viviendas corrientes y humildes, habitadas por personas normales cuyas preocupaciones podrían ser las nuestras. Personas que no tienen nada de especial, ni rarezas, con trabajos y vidas corrientes con las que es fácil empatizar. Y lo haremos arropados bajo su paraguas y a través de su ojo diseccionador. Descubriremos que no todos los finales son felices, que no siempre se marcha eso que mora junto a los temerosos testigos, que a veces consigue que estos terminen abandonando la vivienda que debería ser objeto de bienestar. Otras veces, comprobaremos que, aunque se vayan y dejen atrás su pasado, este fenómeno les perseguirá allá donde vayan, que la cosa parece ir con ellos y no con el sitio en el que se vive. Aunque esto último sería materia para otro trabajo.

En algunas ocasiones, viajaremos a centros de trabajo. Lugares antiguos con un pasado terrible, reconvertidos en oficinas con ordenadores, archivadores, luces brillantes y muebles impersonales. O espacios que se han visto asaltados por la tragedia, pero que tienen que seguir en activo después de lo ocurrido. Ahí la cosa se complica porque no está el tema como para abandonar los empleos que tanto nos cuesta conseguir.

Javier nos conducirá también a viviendas en las que los testigos prefieren hacer oídos sordos a lo que tienen delante, que escogen no darse por enterados, aunque el asunto se ponga feo. Son emplazamientos que parecen *llamar* a determinados perfiles psicológicos, unos perfiles muy peculiares. Tanto que solo ellos podrían vivir en esos sitios marcados por el horror y la muerte. Otras veces se trata de personas que, cuando se trasladaron, desconocían por completo la historia de su nuevo hogar y ha sido después, una vez instaladas, cuando han comprendido que algo no

iba bien. Y al realizar una pequeña búsqueda en internet para otros menesteres, se han topado con la historia terrible que arrastra su nueva casa.

En cualquiera de estos casos, Javier ha realizado un magnífico trabajo no solo de reporterismo, sino de sociología y narrativa empática. Él es el primer sorprendido por lo que ve y escucha de boca de los afectados, y no le es indiferente. No es un trabajo más. Para él es una cruzada, una forma de vivir y de sentir lo que vive con empuje y curiosidad. Una inquietud sana es lo que le mueve. Él también quiere respuestas. Quiere saber qué es lo que ocurre allí, si es que sucede algo, y se estremece cuando, de tanto visitar estos emplazamientos, un día le toca vivir algo inexplicable.

A algunos de esos lugares hemos viajado juntos y he podido leer en sus ojos lo que Javier no siempre verbaliza. Pese a su juventud, lleva ya mucho a sus espaldas. Se ha curtido en espantos, en noches en vela tras el fenómeno, en pasar frío a la espera de algo que no siempre llega. Pero todo le compensa porque a veces ha rozado el misterio con las yemas de los dedos y sabe que lo que le cuentan no siempre es producto de mentes sugestionadas que intentan dar salida a sus preocupaciones a través de una insospechada vía de escape. Recuerdo perfectamente su cara de desconcierto en el Refugio Militar de Cerler, en el Pirineo aragonés, cuando, durante un aislamiento, escuchó la lluvia caer y fuera no llovía. Tampoco olvido sus ojos en la casa de la calle Antonio Grilo, en Madrid, o su estupefacción ante lo que vivimos en Bélmez de la Moraleda, en Jaén, la noche en la que los sensores de movimiento se volvieron locos en un punto concreto de la humilde casa de María Gómez Cámara.

Javier es un buscador, y como todo aquel que busca, en ocasiones, se encuentra cara a cara con el fenómeno. Sinceramente, no se me ocurre mejor guía para este viaje frenético a través del misterio. Tiene las dosis justas de valor, respeto y apertura de mente para enfrentarse a eso que

muchos califican de *imposible*. Y sabe contarlo. Esto último es muy importante. Te introduce en las historias como solo un abuelo lo haría al amor de la lumbre en una noche de invierno. Javier nos hará sentir que estamos allí, que nosotros somos los protagonistas y nos provocará un escalofrío... placentero, porque, a fin de cuentas, estaremos a resguardo.

Los Intrusos es un billete para asistir al horror sabiendo que después contaremos con la protección de nuestro hogar. Que sus historias, por verídicas que sean, no nos perturbarán en exceso. Y por eso os pido que os dejéis caer bajo el influjo de su escritura. Nosotros estaremos a salvo. Pero ¿cuántos no lo están? Javier ha querido hacer un homenaje a todos esos testigos con los que, durante años, se ha entrevistado, en algunos casos llegando a trabar amistad. Es imposible no sentir empatía ante su emoción, su obsesión por algunas historias y sus ansias de saber.

Entremos pues en *Los Intrusos* de su mano, sabiendo que nada malo nos pasará, pues su sabia escritura nos conducirá por la carretera más segura. Antes, Javier se ha asegurado de recorrer el camino secundario, el complicado, para mostrarnos sus hallazgos con valentía y tesón.

Ya llaman a la puerta, ya están aquí.

Son *Los Intrusos*.

Abramos sin miedo. Estamos en buenas manos.

CLARA TAHOCES, 2020

INTRODUCCIÓN

1958

Nuestra historia empieza con la compra de una casa. Como tantas otras veces. Y descubrimos ya una serie de fórmulas que, comprobarás más adelante, son habituales: las mudanzas, las reformas, los pasados tormentosos o los enterramientos macabros bajo los inmuebles. Casi puedo escucharte decir: «Sí, ya, todo esto estaba en *Poltergeist*». No lo rebatiré, porque, al fin y al cabo, el cine se alimenta de las mejores historias. Y las mejores historias ocurren siempre en la realidad. Spielberg lo sabía bien cuando para escribir el guion de dicha película se inspiró en el caso real de la familia Herrmann.

Acompáñame a Seaford, Nueva York. Esta es nuestra primera parada, curiosamente a solo seis kilómetros de Amityville, la que terminaría convirtiéndose en la casa más encantada del mundo, también gracias al cine^[1].

Todo iba bien en aquella familia hasta que, sin motivo aparente, el 3 de febrero de 1958, a las tres y media de la tarde, todas las botellas de la cocina empezaron a volar de manera imposible. El extraño efecto fue propagándose por toda la vivienda, hasta que botes de champú, medicinas y hasta una botella con agua bendita imitaron el movimiento.

El fenómeno se repitió de manera intermitente en los días sucesivos ante la mirada estupefacta de James y Lucille, y también de sus dos hijos, de trece y doce años. Sucedió en los tres dormitorios, en el baño, en la cocina, en el diminuto comedor e incluso en el sótano. Durante una semana, diversos objetos volaron como si fueran desplazados por manos invisibles.

El susto inicial se transformó en perplejidad. Sin embargo, la ausencia de explicaciones convirtió la curiosidad en miedo e histeria familiar. Así que, al cabo de siete días, James Herrmann se vio obligado a llamar a la Policía.

—En mi casa está ocurriendo algo inexplicable y no sabíamos a quién llamar —dijo el padre de la familia Herrmann ante la atónita mirada de James Hughes, del Departamento de Nassau County, cuando le recibió en la puerta.

El policía llevó a cabo el protocolo habitual para los problemas domésticos. Porque esto no podía catalogarse de otra forma. No existían, ni entonces ni ahora, métodos de actuación para casas encantadas.

Hughes, con su mejor sonrisa conciliadora, reunió a los cuatro miembros de la familia en el salón y empezó un cuestionario habitual que acompañó de cierto descrédito. Puedes imaginarlo, ¿no?

1. ¿Cuándo empezaron los fenómenos?
2. ¿Estaban todos presentes?
3. ¿Ha habido problemas familiares recientemente?
4. ¿Puede alguien estar tratando de gastarles una broma?
5. ¿Han consumido sustancias estupefacientes?

De manera repentina, algo sonó en el baño. Era un golpe seco y perfectamente nítido. Después llegó otro. Y otro. Y otro. Su rapidez y las pequeñas dimensiones de la casa le permitieron llegar a tiempo para contemplar cómo varios botes de champú volaban por los aires.

El agente se marchó estupefacto, sin apenas decir nada. No sabemos qué sucedió en el coche patrulla, de camino a la comisaría. ¿Rezó? ¿Tembló? ¿Fue presa de una risa histérica? Eso debemos decidirlo nosotros, porque él nunca habló de ese trayecto.

Al llegar a su oficina, el agente Hughes afirmó haber contemplado algo insólito, para lo que él no tenía explica-

ción, y solicitó poner el caso en manos del detective Joseph Tozzi, un observador nato de mente analítica^[2].



Arriba, James Herrmann, padre de familia, junto a su mujer Lucille y su hijo, también James, de 12 años. Abajo, única fotografía existente de la vivienda donde ocurrieron los fenómenos.

En la primera conversación, ambos tuvieron algo parecido a un altercado. Tozzi rechazaba por completo la vía sobrenatural. Para él, estaba claro: se trataba de una alucinación colectiva.

—Pero no había nadie más en la casa —dijo el policía.

—Que tú sepas —respondió el detective con sarcasmo.

La posibilidad de que alguien se hubiera colado por una ventana para atemorizar a un grupo de buena gente era perfectamente factible. Raro, pero factible. Más raro era, al fin y al cabo, que unos botes desafiaran las leyes de la gravedad.

Tozzi siempre manifestó que era escéptico. Antes de visitar la casa, lo hacía con decisión. Después de su visita, parecía más bien una excusa.

Al principio todo se desarrolló con calma. Como si el fenómeno esperara paciente a que el recién llegado se encontrara confiado.

El detective hacía las preguntas correspondientes con cierto cinismo. Anotaba en su cuaderno y asentía de forma casi robótica. La luz mortecina de un atardecer de febrero se colaba por la ventana de grandes dimensiones de la fachada. El tiempo discurría con aparente tranquilidad. Era buena señal. El agente solo esperaba terminar con el cuestionario y marcharse. La familia, sin embargo, sabía que algo podía ocurrir en el momento menos esperado.

Y ocurrió. De pronto, un objeto cruzó el salón a gran velocidad, desde la esquina noreste a la sudeste.



La familia Herrmann observa una estantería que se volcó de manera aparentemente inexplicable en el sótano de su vivienda, donde estaban ocurriendo decenas de fenómenos paranormales.

—¿Qué demonios...?

Y con esa simple pregunta, los esquemas de pensamiento del detective Joseph Tozzi, perfecto materialista y mejor padre de familia, se desmoronaron por completo.

La investigación policial barajó diversas posibilidades antes de asumir que algunas cosas carecen de respuesta lógica. Hablaron, por ejemplo, de señales de radio de alta frecuencia que pudieran generar ese tipo de movimientos. Analizaron también las sustancias contenidas en los botes. No encontraron elementos detonantes.

Nada podía explicar por qué en los días sucesivos, mientras Lucille, la hija de trece años, hacía sus deberes, su bote de tinta voló por los aires. Ni por qué al día siguiente volvió a hacerlo una botella de agua bendita.

El padre de familia, harto de la situación y de la falta de respuestas, recorrió la casa entera para recoger cada bote y recipiente. Ninguno estaba caliente. Las hipótesis ofrecidas no tenían ningún sentido.

Decidieron dar un paso más. Y como ocurre en muchos otros casos, buscaron respuestas en la Iglesia.

El 17 de febrero, el padre William McCloud, de la iglesia de Saint William the Abbot, en Seaford, entró en la casa para bendecirla.

Los fenómenos, pese a todo, continuaron atormentando a los Herrmann.

La búsqueda de respuestas obligó a publicitar la historia en los medios. Desesperada, la familia necesitaba que alguien arrojara algo de luz sobre lo que les estaba pasando. Quizá, conocer otros casos similares.

Recibieron la carta de Helen Connolly, una señora de setenta y cuatro años que había tenido un problema similar. Mesas, grandes sillones y hasta una chimenea artificial habían volado a lo largo de toda su vivienda de Revere, en Massachusetts. Al final, tras varios sobresaltos y noches de pesadilla había descubierto que se trataba de un problema